

Grandes tesoros ocultos

JAVIER MARTÍNEZ-PINNA



Colección: Historia Incógnita
www.historiaincognita.com

Título: *Grandes tesoros ocultos*
Autor: © Javier Martínez-Pinna López

Copyright de la presente edición: © 2015 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez
Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez
Maquetación: Patricia T. Sánchez Cid
Diseño y realización de cubierta: Universo Cultura y Ocio

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN edición impresa: 978-84-9967-680-7
ISBN impresión bajo demanda: 978-84-9967-681-4
ISBN edición digital: 978-84-9967-682-1
Fecha de edición: Marzo 2015

Impreso en España
Imprime: Enlace Gráfico
Depósito legal: M-638-2015

La razón es un sol severo; ilumina pero ciega.

Romain Rolland

Índice

Introducción	13
Capítulo 1. Tesoros piratas	19
Los orígenes de la piratería	19
Piratas del Caribe. Los primeros tesoros ocultos	24
La isla del Roble	37
Los tesoros de la isla del Coco	50
Capítulo 2. Las grandes tumbas perdidas	59
La tumba de Alejandro Magno	59
El tesoro funerario de Alarico el Viejo	72
La tumba perdida de Atila, rey de los hunos	79
El tesoro del Gran Khan	85
Capítulo 3. El Dorado	93
El origen del mito. El tesoro de la laguna Guatavita	93
Las grandes exploraciones en busca de El Dorado	103
La arqueología y El Dorado	116

Capítulo 4. Los grandes tesoros americanos	123
El oro de Moctezuma	123
El tesoro de Atahualpa	134
Las monedas del emperador Maximiliano	149
El tesoro de la iglesia de Pisco	153
Capítulo 5. Objetos de poder	159
¿Qué son los objetos de poder?	
Radiografía de un misterio milenario	159
La búsqueda de la Mesa de Salomón	167
En busca del Arca Perdida	175
Capítulo 6. El tesoro templario	191
Auge y caída de los monjes-guerreros	191
Tras las huellas del tesoro templario	201
La enigmática Capilla Rosslyn	207
Los tesoros de Rennes-le-Château	211
Capítulo 7. Los tesoros de la Segunda Guerra Mundial	225
El oro de los nazis	225
El tesoro secreto de las SS	232
El Salón de Ámbar	235
El tesoro del general Yamashita	239
Otto Rahn en busca del Santo Grial	243
Bibliografía	249
Agradecimientos	253

Introducción

En 2013, el Instituto Inkari Cusco asombró al mundo al revelar la existencia de un gran mausoleo subterráneo situado en el yacimiento de Machu Picchu, uno de los más importantes del continente americano.

Su descubrimiento fue posible gracias al ingeniero francés David Crespy, un enamorado de la historia y la arqueología de los pueblos precolombinos, cuando, en uno de sus muchos viajes a este enclave repleto de misterios, creyó distinguir, en la parte central del complejo ceremonial, los restos de una muralla en donde se apreciaba la existencia de una pequeña apertura que hasta ese momento había pasado desapercibida.

No lo dudó ni un solo instante. Inmediatamente se puso en contacto con un arqueólogo llamado Thierry Jamin, también francés, conocido por su obsesión por la búsqueda de una ciudad perdida, la de Paititi, que muchos han relacionado con el mítico El Dorado. En un correo electrónico, le planteó la posibilidad de que un enorme tesoro estuviera esperando ser descubierto, y por eso Jamin viajó hasta el Perú, para ponerse al frente del Instituto Inkari y así realizar una resonancia electromagnética cuyos resultados fueros sorprendentes.

En primer lugar, se pudo determinar la existencia de una gran cámara funeraria en donde podría encontrarse oro y plata en abundancia. También se observó una estructura subterránea, con una decena de cavidades, cuya utilidad pudo ser funeraria, algunas de ellas tan pequeñas que parecían destinadas a niños. Finalmente, se pudo intuir, detrás de esta puerta de acceso, la presencia de una escalera, posiblemente forrada de oro, orientada hacia el recinto principal.

Según Jamin, las características de esta enorme sepultura, los materiales empleados, así como el largo período de tiempo utilizado para su construcción, nos sugieren la presencia de un personaje importante en el interior de la cámara. Evidentemente, no podía tratarse de un simple sacerdote, más bien parecía la morada de una *panaca real*, que por su majestuosidad bien pudo pertenecer a Pachacuti, el auténtico forjador del Imperio inca.

Desde entonces, las autoridades peruanas guardaron un cauto silencio para intentar que la noticia pasase lo más inadvertidamente posible y así tener el tiempo suficiente para desarrollar una investigación seria y rigurosa, sin la intromisión de molestos aventureros y cazatesoros que, sin duda, no tardarían en presentarse en el lugar para tratar de resolver el enigma.

Muy lejos de allí, casi en la otra parte del mundo, un equipo de arqueólogos continuaba excavando en el que se ha venido considerando el sepulcro más grande de la Europa suroriental. La tumba de Amfípolis se sitúa sobre un enorme túmulo de quinientos metros de perímetro y tiene una datación que nos lleva a los momentos finales del siglo IV a. C. Su majestuosidad es tal que la directora de las excavaciones, Katerina Peristeri, llegó a afirmar que no existía otra como esta en toda la región situada entre Grecia y los Balcanes. Según pudieron comprobar, al frente de su construcción estuvo uno de los asesores de Alejandro Magno, un arquitecto y urbanista griego llamado Dinócrates, que logró realizar una tumba diez veces superior a la del padre del conquistador macedonio, Filipo II, hallada en 1977 en Vergina.

La polémica no tardó en aparecer. Mientras los arqueólogos continuaban con sus investigaciones, comenzaron a aparecer hipótesis sobre la identidad del individuo que ocuparía este sepulcro. En un principio se pensó en el almirante Nearco, pero el tamaño y esplendor de la tumba hizo pensar que esta tuvo que estar destinada a alguien más importante, tal vez a Roxana y Alejandro IV, mujer e hijo del conquistador,

aunque los últimos descubrimientos llevaron a algunos a proponer al mismo Alejandro como el propietario de esta tumba, cuya cámara funeraria no ha sido todavía descubierta.

En los últimos meses, las excavaciones han permitido descubrir un pavimento formado por una serie de trozos de mármol blanco sobre una superficie rojiza, situado en una antecámara a la que se llegó después de retirar unos grandes bloques de piedra que sellaban su entrada. Una vez dentro, lograron encontrar un orificio en la parte posterior de la habitación que parecía indicar que, al menos este espacio, había sido profanado por los ladrones de tumbas.

Los trabajos de excavación siguieron su curso, hasta que en 2014 un nuevo descubrimiento provocó una gran sorpresa entre todos aquellos que, después de tantos siglos, siguen buscando el cuerpo momificado del macedonio. Tras retirar la tierra que cubría la tercera cámara del recinto, encontraron un dintel de mármol blanco de poco más de un metro de anchura en la puerta del muro que, casi con toda probabilidad, conduciría a la cuarta cámara. Esta nueva entrada era más estrecha que las otras puertas y, además, estaba situada en la parte izquierda del muro y a un nivel inferior de las anteriores, por lo que era factible que el recorrido de la estructura funeraria pudiera empezar a descender hasta llegar a la cámara en donde, a día de hoy, podrían encontrarse los restos de uno de los personajes más trascendentales de toda nuestra historia, acompañado, eso sí, por un enorme ajuar funerario digno de su importancia.

Estos y otros misterios volvieron a poner de moda una actividad que siempre ha estado presente desde nuestra más remota antigüedad: la búsqueda de un tesoro oculto. A mí, en cambio, me transportó hacia esos lejanos días en los que, junto con mis entrañables amigos Miguel Ángel Toledo y Ramón Baña, esperábamos ansiosos el sonido de aquella estridente campana que anunciaba el final de nuestras clases. Pero ese molesto timbre no sólo nos advertía de que había llegado la hora de abandonar nuestro colegio. Para nosotros era la señal de aviso para poder sumergirnos en nuevas aventuras, mientras recorríamos el árido y pedregoso descampado que rodeaba el Colegio Sagrados Corazones de Alicante. Allí, soñábamos con lugares exóticos y con misterios ocultos, y hacíamos caso omiso de los prudentes consejos que nos recomendaban centrarnos más en nuestros estudios. Tal vez tenían razón, pero, a pesar de todo, recuerdo esos momentos con mis inolvidables

compañeros como unos de los más felices de mi vida, aquellos en los que la imaginación nos hacía trascender del mundo y de unas responsabilidades que por aquel entonces aún no podíamos comprender.

Es curioso, pero ahora, visto desde una perspectiva distinta, no puedo dejar de pensar en que fue en esos mismos instantes cuando más cerca estuve de comprender la auténtica naturaleza y la esencia de un ser humano, que desde el principio se ha sentido atraído por conocer la realidad de todo lo que le rodea. Porque la comprensión de esa indescriptible dinámica que mueve nuestras vidas, también la historia, depende no sólo de un mero ejercicio de racionalismo basado en unos datos objetivos. Las sensaciones, el instinto y la imaginación son fundamentales para no perder ese fascinante afán de saber que está detrás de todo avance significativo en el inabarcable campo del conocimiento humano.

Con estas premisas me dispuse a escribir este nuevo ensayo, porque la auténtica búsqueda de un tesoro ya no debe interpretarse como un mero acto de racionalidad orientado a la consecución de una importante fortuna, sino como un impulso pasional por comprender alguno de los episodios más desconocidos de nuestro pasado. Por eso, la búsqueda de estos tesoros ha cautivado la imaginación de todo tipo de investigadores, no sólo por su valor material, sino especialmente por sus significados histórico, religioso y mágico, acompañados por el deseo inherente del investigador de llegar más lejos mediante la realización de un largo y enigmático viaje iniciático.

Todo ello unido al irrefrenable afán por hacerse con un mineral, el oro, utilizado desde tiempos inmemoriales para la elaboración de elementos ornamentales y, algo más tarde, para acuñar la más valiosa de las monedas, debido a su belleza, su textura, su escasez, pero también por ser uno de los metales más maleables que se conocen. No debe extrañarnos, por tanto, el interés de los poderosos por enterrarse con sus más queridos enseres realizados con el amarillo metal, ni que el oro haya sido un elemento de culto, adoración y poder utilizado, por otra parte, como soporte básico para algunos de los utensilios litúrgicos más importantes en todas las religiones. De esta forma, y según nos cuenta la Biblia en el libro del Éxodo, los principales objetos de poder del pueblo israelita, como el Arca de la Alianza, realizados después de la huida de Egipto, se recubrieron con este material. Algo a lo que no fueron ajenos los pueblos precolombinos, que sintieron devoción por un mineral que para ellos tenía un origen divino.

Esta fue mi intención cuando escribí este libro: tratar de estudiar de forma objetiva la posible existencia y la ubicación de algunos de los tesoros más codiciados de todos los tiempos, pero dejar, al mismo tiempo, libertad al lector para que sueñe con unos hechos históricos envueltos en el misterio y que, sin duda, no le van a dejar indiferente.

Javier Martínez-Pinna

Capítulo 1

Tesoros pirata

LOS ORÍGENES DE LA PIRATERÍA

A bordo de una pequeña nave que había logrado adquirir unos años atrás, Klaus von Winsfeld, conocido por todos con el nombre de Stoertebecker, surcaba las brumosas y gélidas aguas del mar del Norte acompañado por una banda de bellacos que habían destacado en las guerras que enfrentaron a suecos y daneses. Esta vez nada podía fallar.

Frente a ellos, un barco mercante, con sus bodegas repletas de telas de primerísima calidad, navegaba desprevenido cerca de la pequeña isla de Heligoland. El capitán, seguro de sí mismo, dio la orden de ataque y hacia él se dirigió cuando, sin saber muy bien cómo, se vio rodeado por los buques de una nueva flota, dirigida por el odiado Simón de Utrech, que los caballeros de la Orden Teutónica habían armado para terminar con este temido y sanguinario pirata.

En los últimos tiempos, Stoertebecker había logrado sembrar el terror entre todos los marineros que recorrían los puertos de las ciudades que formaban la prestigiosa Liga Hanseática, pero esta vez la suerte le iba a ser adversa.

Él y sus hombres fueron conducidos hasta la ciudad de Hamburgo, donde fueron juzgados y condenados a muerte. Cuenta la leyenda que Stoertebecker, cuando se encontró ante el verdugo, lanzó un reto al alcalde de la ciudad. Le pidió que liberase a uno de sus hombres por cada paso que diese después de ser decapitado. Con una sonrisa dibujada en su rostro, no pudo más que aceptar el desafío de este hombre, cuyo apodo hacía referencia, ni más ni menos, que al hecho de ser capaz de poder beber de un solo trago una jarra de cuatro litros de cerveza.

Para horror de la multitud, que se había congregado en la plaza para presenciar el suplicio, Klaus von Winsfeld, tras haberle sido separada la cabeza del tronco, logró ponerse en pie y entre gritos de asombro e incredulidad, pudo caminar once pasos, hasta que el alcalde, encolerizado y sin dar crédito a lo que veían sus ojos, le puso cobardemente la zancadilla y le arrojó al suelo.

Cuentan las tradiciones que, cuando su barco estaba siendo desmantelado, los obreros se dieron cuenta de que los núcleos de los mástiles estaban hechos de oro, plata y cobre. Al parecer, estos materiales fueron utilizados para la construcción de la iglesia de Santa Catalina en Hamburgo, ciudad que desde entonces rinde culto a un personaje envuelto en la leyenda y que pasó a la historia como uno de los más temidos lobos de mar de todos los tiempos.

Stoertebecker, ajusticiado en 1401, es el primer pirata cuyo nombre ha llegado hasta nosotros. El origen de la piratería es, en cambio, muy anterior.

No se sabe muy bien cómo empezó todo; aunque podemos asegurar que el instinto de apoderarse de lo ajeno es tan antiguo como el ser humano, y este dio lugar a una nueva variante desde el mismo momento en que los pueblos de la Antigüedad activaron las primeras rutas marítimas para acrecentar sus riquezas. No nos cuesta esfuerzo imaginar la tentación que tuvieron los pueblos vecinos de los fenicios cuando, en los alrededores del año 1000 a. C., veían pasar frente a sus costas unas poderosas naves cargadas de mercancías que ponían rumbo al lejano occidente.

Fueron los pueblos egeos, especialmente los cretenses, los primeros que desarrollaron este nuevo tipo de delito que, sin temor a equivocarnos, podemos calificar de *piratería*. Sus barcos, tripulados por arqueros y honderos, y tal vez animados por el hambre y la carestía, comenzaron

*Stoertebeker
derrotado en
Heligoland.*

Archivo
Histórico de
Hamburgo
(1401).
Stoertebeker
fue uno de los
primeros piratas
cuyo nombre
ha llegado hasta
nosotros. Su
vida y su muerte
estuvieron
sumidas en la
leyenda, por
eso se hizo
merecedor
de una fama
imperecedera.



a acechar a los comerciantes y marineros fenicios que vieron, indefensos, como sus naves eran abordadas y asaltadas. Unos cuantos siglos más tarde, el rey del Ponto, Mitrídates VI, también llamado Eupator Dionysius, hizo de la piratería una cuestión de estado, y no dudó en utilizarla como un nuevo instrumento en su política expansiva por el Mediterráneo Oriental. Sus naves pusieron en jaque las embarcaciones escitas y romanas, y obligaron a estos últimos a invertir una enorme cantidad de recursos para erradicar un mal que amenazaba la seguridad de las principales rutas marítimas.



Retrato de Aruch Barbarroja. Con Aruch Barbarroja observamos la aparición de una nueva figura, la del corsario, que a diferencia del pirata actúa amparado por un contrato que ha firmado con la nación para la que navega y que le obliga a actuar, únicamente, contra los intereses de los estados rivales. El ámbito de actuación de Barbarroja fue el área mediterránea y sus principales presas, los barcos cristianos, que sufrieron la persecución de este terrible pirata que actuó movido por su fanatismo religioso.

Ya en tiempos medievales, los vikingos, un nuevo pueblo de navegantes y guerreros nórdicos, se hicieron con el poder de los mares escandinavos. Sus barcos, con dos velas y fondo plano, resultaron idóneos para la realización de incursiones a lo largo de las costas europeas, que observaban apesadumbradas como sus ciudades, aldeas y monasterios eran arrasados ferozmente por unos monstruos en busca de botín.

Casi al mismo tiempo, en el mar Mediterráneo, los musulmanes llevaron a cabo un nuevo tipo de piratería en la que la religión se convirtió en un valor añadido. Los sarracenos comenzaron a atacar naves cristianas, dando un toque de guerra santa a unas acciones que no eran más que nuevos actos de pillaje y exterminio. En este contexto apareció una nueva figura, el corsario, que, a diferencia del pirata, actuaba amparado en virtud de un contrato estipulado con la nación para la que navegaba.

Algunos de sus nombres han llegado hasta nosotros. Uno de ellos, Aruch Barbarroja, se convirtió en el azote de la cristiandad al acosar desde una temprana edad todas las naves cristianas que se cruzaban en su camino. Los intereses de los Estados Pontificios y de los recientemente unificados reinos de Castilla y Aragón se vieron seriamente perjudicados, por lo que la monarquía hispánica de los Reyes Católicos inició una política expansiva en el norte de África para frenar las acometidas del espantoso corsario turco. En 1518, los españoles consiguieron finalmente arrinconar a Barbarroja, que, al verse superado en la ciudad de Tremecén, optó por retirarse, no sin antes ocultar un importante tesoro para, así, aligerar su huida. A pesar de luchar ferozmente, Aruch fue herido por la pica de un infante español, momento que aprovechó el adelantado García de Tineo para cortarle la cabeza de un solo tajo.

Pero la pesadilla aún no había llegado a su fin. Su hermano, Jeredín, continuó la lucha dispuesto a estremecer, sólo con su presencia, a aquellos con los que se encontraba. De su crueldad fue testigo el capitán Martín de Vargas, valeroso defensor del peñón de Argel, que fue apaleado y descuartizado por Jeredín cuando, tras una valerosa lucha, no tuvo más remedio que rendir la plaza. Pero la época dorada de los corsarios musulmanes en el Mediterráneo tenía los días contados. La fortaleza de los ejércitos hispánicos y el poder de su Armada hicieron que el centro de gravedad de la piratería se desplazase hacia un nuevo escenario: el mar Caribe, lugar en donde se desarrollará la edad dorada

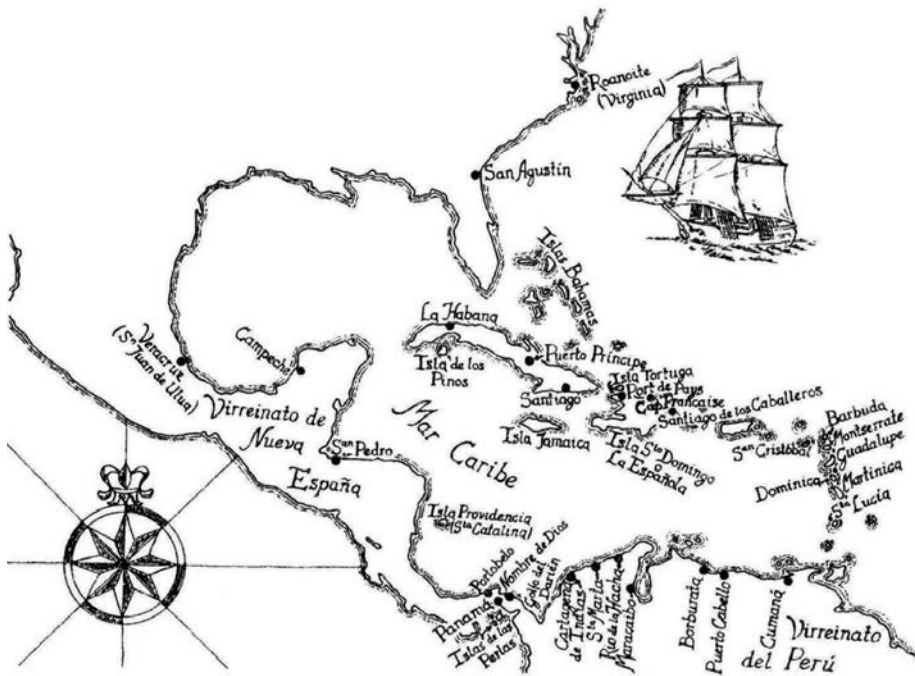
de esta infame actividad que, sin saber cómo, ha sido considerada, durante mucho tiempo, un acto de rebeldía e insumisión protagonizado por unos seres románticos, y ávidos de aventuras, en su lucha contra unos estados opresores a los que se debía combatir. La realidad fue bien distinta.

PIRATAS DEL CARIBE. LOS PRIMEROS TESOROS OCULTOS

Las luchas que protagonizaron las principales potencias europeas por el control del mar y de sus rutas comerciales se trasladaron al que por entonces empezó a conocerse como el *mar Español*. Entre los puertos caribeños y los de la península ibérica, se organizó un lucrativo comercio transatlántico que se caracterizó por la llegada de ingentes cantidades de oro y plata, que convirtieron a la monarquía española en la más poderosa del orbe. El atractivo del Nuevo Mundo atrajo, de esta forma, a todo tipo de navegantes y exploradores que poco a poco fueron agrandando las dimensiones del Imperio español en el territorio americano. También provocó la fascinación de muchos individuos que llegaron al Caribe con la idea de enriquecerse ilícitamente asaltando los navíos repletos de riquezas que surcaban el océano en dirección a Europa.

Poco a poco, una vez aseguradas sus posiciones en las islas, los españoles empezaron a centrar su atención en la colonización de las tierras continentales. Pero la falta de presión demográfica hizo que muchas de las pequeñas islas antillanas quedasen abandonadas, lo que despertó la avaricia de otras naciones europeas que observaban con envidia los beneficios que la empresa americana estaba deparando a la monarquía hispánica. Otras islas, aún más pequeñas, entre ellas la de Tortuga o la de Providencia, se terminaron convirtiendo en auténticas bases de operaciones para unos hombres que empezaron a hostigar las costas y unos barcos españoles que, durante siglos, tuvieron que luchar denodadamente por mantener las rutas comerciales abiertas en un espacio geográfico tan asombrosamente grande como el que se abría ante sus ojos.

En este contexto, la creencia en la existencia de fabulosos tesoros comenzó a fraguarse desde bien pronto. Las primeras acciones documentadas contra los intereses españoles en aguas atlánticas tuvieron un acento francés. En 1523, un tal Jean Fleury —o Juan Florín, como



Principales ciudades del Caribe en los siglos XVI y XVII.

Mapa del Caribe. El mar Caribe fue el escenario donde los más insidiosos y sanguinarios piratas pusieron en jaque los intereses de los pueblos y barcos españoles, que durante siglos tuvieron que luchar por mantener la paz en sus posesiones americanas y evitar la rapacidad de unos personajes que, en muchas ocasiones, actuaban amparados por los enemigos de la monarquía hispánica.

quisieron llamarle los castellanos— navegaba cerca de las islas Azores cuando, de repente, se encontró con tres carabelas españolas que se acercaban a su destino tras una larga travesía. Fleury logró capturar dos de los barcos después de intimidarlos con su poderosa artillería. Cuando penetró en su interior para reclamar el botín, el pirata observó maravillado el espectáculo que se abría ante sus ojos. Nada más y nada menos que tres cajas llenas de lingotes de oro, sacos llenos de polvo dorado, además de perlas, esmeraldas y topacios, que Hernán Cortés enviaba a su emperador Carlos I tras la conquista de la capital azteca y la muerte de su rey Moctezuma.

A Fleury le siguieron otros muchos que trataron de emular los logros del navegante francés, cuya vida llegó a su fin después de que seis galeones vascos interceptasen la armada del corsario galo y le diesen caza. En sus últimas horas reconoció haber amasado una enorme fortuna, un inmenso botín del que no pudo disfrutar, ya que terminó siendo ahorcado por haber atacado más de ciento cincuenta embarcaciones españolas. Su cuerpo quedó expuesto durante largo tiempo, como una advertencia para todos aquellos que tuviesen en mente atacar los barcos del emperador.

El escarmiento que se le dio al corsario francés no tuvo el efecto deseado. A este le siguieron otros muchos como su compatriota François Le Clerc o John Hawkins, aunque ninguno alcanzó la fama que en su día adquirió Francis Drake, con el que se inicia una nueva etapa en la que una serie de infames corsarios y filibusteros, pagados por la siniestra reina inglesa Isabel I, trataron de debilitar el incontestable poder que los españoles estaban adquiriendo en el hemisferio occidental. Personajes como Drake, Walter Raleigh o el desalmado Henry Morgan regaron con la sangre de hombres, mujeres y niños los campos y villas de la América hispana; todos ellos al servicio de una reina que, en más de una ocasión, se abrió de piernas maravillada por los servicios que le brindaban algunos de tan infames monstruos.

A *sir* Francis Drake, convertido en caballero y con una fama que triunfó sobre el paso del tiempo en el Reino de Inglaterra, no le temblaba el pulso a la hora de ahorcar a cualquier individuo sospechoso de esconder un botín. Tras el saqueo y la destrucción de la ciudad de Santo Domingo, él mismo eligió a unos frailes a los que atormentó y colgó por no revelar el escondite de unas pocas monedas pertenecientes a su orden. Más tarde, después de hacerse con un botín de ciento diez mil ducados, redujo a cenizas la bella ciudad de Cartagena de Indias, y todo ello en un momento en el que las dos naciones, España e Inglaterra, se encontraban en paz.

El sadismo de los corsarios y filibusteros alcanzó cotas más altas gracias a Jean David Nau, más conocido como el Olonés, que abandonó su carrera militar en la Armada francesa para dedicarse a la piratería; en este caso, bajo el patrocinio del gobernador de La Tortuga, La Place, que le arrendó una nave para luchar contra los españoles. Una de las primeras acciones que protagonizó, y que sirvió como preludio de una macabra carrera, fue el asalto a una fragata española tripulada por

noventa hombres, a los que personalmente decapitó, uno a uno, sin sentir el más mínimo remordimiento. Más tarde le tocó el turno a la ciudad de Maracaibo, donde el pirata consiguió un importante botín compuesto por bandejas, candelabros y cubiertos de oro y plata. A los defensores de la ciudad los hizo rebanar con su alfanje; y, tras la conquista de la población, el resto de los hombres fueron encerrados en la iglesia hasta que murieron de hambre, mientras que las mujeres, niñas incluidas, terminaron sufriendo la lujuria de unos asaltantes que, primero, las violaron y, después, las hicieron cautivas para venderlas como esclavas y abastecer los repulsivos burdeles repletos de marinos y corsarios ingleses.

Puerto Cabello fue el siguiente enclave que tuvo que soportar las asechanzas del despreciable francés. Después de capturar un barco y, cómo no, masacrar a todos sus tripulantes, decidió dirigirse tierra adentro, hacia San Pedro, en busca de un botín con el que poder saciar la sed de riquezas de sus esbirros. La senda que debieron de seguir era casi impenetrable. La exuberante vegetación que los rodeaba hacía prácticamente imposible encontrar el camino que los llevase a su destino, pero la suerte les sonrió cuando, a mitad del trayecto, encontraron a un pequeño grupo de españoles que tuvieron la desgracia de toparse, cara a cara, con el bucanero galo. Según cuentas las tradiciones, el Olonés agarró a uno de los pobres españoles y con su espada le abrió el pecho, para extraerle el corazón y morderlo, mientras advertía al resto que les haría lo mismo si no le mostraban el camino hasta San Pedro.

Cuando alcanzó la población, sus habitantes ya habían puesto pies en polvorosa, no sin antes haber escondido sus pertenencias en los lugares más insospechados. Tras quince días sin poder encontrar su esperado tesoro, los asaltantes decidieron abandonar la villa dejando tras de sí un rastro de destrucción, tortura y muerte. Pero, por fortuna, el final del malvado corsario estaba cerca. En su última expedición en busca del oro de Nicaragua, el Olonés fue abandonado por sus hombres en lo más recóndito de la selva. Allí sobrevivió algunos días alimentándose de sabandijas, mientras aullaba desesperado suplicando una ayuda que nunca llegó. Un día, creyó que sus ruegos habían sido oídos y que un grupo de indios había acudido para rescatarle. Estaba equivocado. Con lo que se encontró fue con una de las tribus más salvajes de la zona del Darien, que nada más verlo lo descuartizaron y echaron sus restos al fuego para utilizarlos en su próximo banquete. Su cabeza



Retrato de El Olonés. Este fue uno de los piratas más macabros de entre todos los que se conocieron en tierras caribeñas. Su final no pudo ser más apropiado, ya que murió descuartizado después de ser capturado por una de las tribus más violentas del Darién.

quedó reducida al tamaño de una naranja siguiendo el antiguo ritual de los indios jíbaros.

En torno a la vida de este inmisericorde y desalmado pirata, tenemos las primeras evidencias de lo que posteriormente muchos escritores, aventureros y bohemios consideraron tesoros piratas. No cuesta trabajo suponer que muchos de los individuos de la pequeña localidad de San Pedro de Puerto Cabellos –hoy conocida como San Pedro de Sula, y fundada en 1536 por Pedro de Alvarado– tuvieran que esconder sus más preciadas riquezas antes de que cayesen en manos de los hombres del Olonés. Ante la inminencia de su llegada, y para aligerar la carga, se deshicieron de sus pequeños tesoros y los dejaron ocultos en algunos de los lugares más recónditos que pudieron encontrar. Es lógico pensar que, por causas del destino, muchos de estos individuos no pudieron regresar para recuperar lo que fue suyo, por lo que sus pertenencias quedaron ocultas y olvidadas por el paso del tiempo. Algunos de estos tesoros se encontraron; otros, no. Pero lo más llamativo es que en torno a esta región se generó una tradición popular que podría ser un fiel reflejo de lo que en su día pudo acontecer. No nos cabe duda de que los alrededores de esta ciudad están plagados de escondites que acogen innumerables riquezas. Muy cerca, en la isla de Utila, hay una pequeña colina llamada Pumpkin Hill, perforada por múltiples cuevas, entre las que destacan la de Brandon Hill, en donde se dice que hay escondido un imponente tesoro pirata.

No dejó de sorprenderme lo arraigado que estaban estas creencias entre las humildes gentes hondureñas. Más hacia el interior, a mitad de camino entre la ciudad de San Pedro de Sula y la capital, Tegucigalpa, hay un poblado llamado Taulabé. Uno de los atractivos más conocidos del lugar es un conjunto de veinticuatro cuevas en el que sobresale una, con una profundidad que se estima en once kilómetros, y que estuvo habitada desde tiempos prehispánicos. Según los estudiosos, la cueva, cuyo interior es húmedo y pegajoso, debió de tener una función habitacional, además de representar una puerta o entrada al inframundo, lugar en donde moraban los muertos, monstruos y dioses subterráneos. Los lugareños cuentan que en 1972 un pirata aéreo, llamado William Hanneman, asaltó un banco en Estados Unidos y se hizo con una fortuna valorada en doscientos cincuenta mil dólares. Ejecutando un plan que tenía proyectado de antemano, su siguiente paso fue secuestrar una avioneta con la que voló hasta La Ceiba, y allí le entregó el dinero a un

amigo suyo para que lo escondiese en la cueva de Taulabé. No tuvo en cuenta lo que narraban las antiguas tradiciones piratas: los tesoros no se repartían, una vez en poder de un pirata, la única obsesión era terminar con sus compinches; y eso es lo que hizo su *amigo* cuando tuvo el dinero en sus manos. No pudo evitar la tentación de delatar a Hanneman, estimulado, además, por la alta recompensa que ofrecían por su cabeza, y, así, cuando tuvo el camino libre escondió su preciado trofeo. Pero el dinero nunca apareció, y son muchos los que anualmente llegan a este lugar con la esperanza de encontrar un botín inigualable.

Algunos aseguran que «Quien tiene un amigo tiene un tesoro», un antiguo refrán que no tuvo que hacerle mucha gracia al pobre Hanneman mientras se consumía en una insalubre y atestada cárcel sin su tesoro, y sin amigos.

Otro de los piratas que dejaron tras de sí un reguero de sangre y destrucción fue el inglés Henry Morgan, cuya sola mención hizo temblar las bases del poderío hispánico en tierras caribeñas. Con el beneplácito del Gobierno inglés, volvieron a planificarse nuevas operaciones con la intención de debilitar a la monarquía española para, de esta manera, ampliar las posesiones británicas en las Antillas.

Uno de los primeros objetivos fue La Habana, aunque los informes que recibió Morgan sobre sus defensas le hicieron reconsiderar la situación y elegir una presa más fácil y desgarnecida. Se decidió, entonces, por atacar Puerto del Príncipe, que se rindió después de que sus hombres recibiesen un sádico tormento y de que sus mujeres fuesen capturadas para nutrir, nuevamente, los prostíbulos ingleses de Port Royal. La jugada había sido maestra para los intereses de Inglaterra. El botín de cincuenta mil pesos en monedas y alhajas animó al corsario a proyectar un nuevo golpe. Y esta vez le tocó el turno a la ciudad de Portobelo, donde un fuerte se mostró dispuesto a resistir hasta sus últimas consecuencias. La crueldad del inglés se mostró de nuevo cuando Morgan ideó un plan para conquistar la plaza española. Hizo montar a toda prisa unas altas escaleras que apoyó sobre los muros de la fortaleza, y sobre ellas obligó a subir a monjes y religiosas; hay quien dice que también a niños y niñas, para que sirviesen de escudo de los disparos de los defensores. Los españoles no pudieron participar y superar los efectos de esta innoble maniobra, por lo que la ciudad de Portobelo cayó al poco tiempo. Al cruel exterminio de su población le siguió la captura de un nuevo botín, lo que aumentó la fama del filibustero en la *city* londinense.



Retrato de Henry Morgan. En 1674, el rey Carlos II de Inglaterra lo nombró caballero. Entre sus méritos más destacables estaban el asesinato, la violación, la tortura y el sadismo, por eso le ofreció el cargo de teniente gobernador de Jamaica, lugar donde pasó los últimos años de su vida persiguiendo a sus antiguos compañeros y amigos piratas.

Posteriormente dirigió sus pasos hacia la ciudad de Maracaibo, pero sus habitantes, felizmente prevenidos, se dieron a la fuga. Desgraciadamente, unos pocos quedaron rezagados en su huida, especialmente los impedidos y los ancianos, que fueron capturados por Morgan y sometidos a tormento para que revelasen la situación de unos tesoros que habían quedado ocultos. Para arrancar la confesión aplicó torniquetes apretados bestialmente sobre el cráneo hasta hacer saltar los ojos de los infelices desgraciados, cuya última visión fue la del maldito

pirata inglés. Pocos días más tarde, en la vecina localidad de Gibraltar, hizo colgar a los hombres por los testículos hasta que sus cuerpos se desprendían por traumática castración, para posteriormente rematarlos a lanzazos. Pero, en esta ciudad venezolana, Morgan no consiguió su objetivo, ya que de nuevo sus principales tesoros fueron escondidos lejos de la vista de los piratas. Además, la aparición de tres barcos españoles provocó la huida de Morgan, que navegó a toda vela hasta la colonia inglesa de Port Royal. En los planes del inglés no entraba la posibilidad de luchar contra un contingente armado.

Su última incursión, en la ciudad de Panamá, se saldó con un nuevo fracaso, ya que la resistencia de la guarnición española dio el tiempo necesario para que buena parte de su población y riquezas pudiesen ser evacuadas. Otros muchos decidieron escapar hacia la sabana y llevar consigo todo de cuanto valor poseían. Pero la ciudad de Panamá fue arrasada por el fuego; esta acción sirvió como epílogo de una historia marcada por la crueldad y el sadismo de una política, la inglesa, que tenía como objetivo debilitar la moral y la fortaleza de las posesiones españolas en el Caribe.

La auténtica leyenda sobre la existencia de un espectacular tesoro pirata se forjó unos años más tarde, durante la vida de otro corsario británico: el capitán Kidd. Es poco lo que sabemos sobre su juventud. Al parecer, nació en 1645 en Greenock, Escocia, y desde bien pronto orientó su vida hacia el mar. Las primeras noticias nos lo presentan mandando un barco corsario en el Caribe, aunque poco después decidió ingresar en la Royal Navy y capitanear un pequeño bergantín de veinte cañones con el que se batió valerosamente contra cinco barcos franceses, lo que le valió el mando de un buque de mayor calado, el *Antigua*.

Pasaron los años, y en 1691 llegó a la ciudad de Nueva York para sentar cabeza. Allí se casó con una viuda rica y cultivó la amistad de importantes políticos y grandes comerciantes; pero, en 1695, hastiado de una vida que tuvo que considerar insulsa, partió hacia Inglaterra para buscar patrocinadores e iniciar una nueva aventura en el mar. Allí consiguió el apoyo de un empresario llamado Livingston y de un famoso dirigente político del Partido Whig, lord Bellmont, con quien formó una sociedad después de adquirir un importante buque para trasladarlo al Índico y, así, luchar contra los piratas que perjudicaban los intereses de los comerciantes neoyorquinos. Por otra parte, como Inglaterra

y Francia se encontraban en guerra, no les fue difícil conseguir una patente de corso para apresar los navíos franceses que se cruzasen en su camino.

El ánimo cundió entre los londinenses, que se abrazaron incondicionalmente al sueño de Kidd, mientras arengaba este a todos los hombres de mar con su famoso grito pirata «No hay botín, no hay paga». El barco elegido fue el *Adventure Galley*, de treinta y cuatro cañones, con el que partió en 1696 con destino a Madagascar. Pero los problemas no tardaron en aparecer, ya que el estado de la tripulación se empezó a deteriorar por culpa del escorbuto y la fiebre. Además, el tan ansiado botín no parecía llegar nunca. Kidd enfiló proa hacia el mar Rojo, con la vista puesta en la flota de peregrinos que viajaban hasta La Meca, pero su fracaso encendió los ánimos de unos hombres que ya se estaban planteando la posibilidad de amotinarse. Para atajar la situación, Kidd decidió asaltar el primer barco que se le puso a tiro. En este caso fue una pequeña nave que lucía una bandera británica, por lo que su acción le convirtió en pirata. Algo que más tarde le costó muy caro.

En 1698, logró atrapar, por fin, una valiosa presa, el *Quedah Merchant*, un barco mercante de cuatrocientas toneladas que transportaba sedas, cacao, opio y hierro. Llenos de gozo, sus hombres empezaron a planear el modo en el que podrían invertir su parte del botín cuando las mercancías de su presa se subastasen en el cercano puerto de Calicúlon. Pero la desesperación cundió de nuevo entre todos ellos cuando Kidd vendió un cargamento valorado en cuatrocientas mil rupias, por sólo siete mil. Cuando en abril de 1698 el capitán regresó a Madagascar nada pudo hacer para evitar que la mayor parte de sus hombres se enrolasen en el *Resolution*, del prestigioso pirata Culliford, famoso por sus exitosos asaltos en aguas del océano Índico.

Ante la imposibilidad de reparar el *Adventure Galley*, trasladó su puesto de mando al *Quedah Merchant*, al que a partir de entonces llamó *Adventure Prize*. Fue entonces cuando las cosas empezaron a torcerse definitivamente, ya que poco tiempo después llegó a su conocimiento que el Gobierno británico le había declarado pirata, por lo que comprendió que era un hombre sentenciado y perseguido. Es en estos momentos cuando nace la leyenda que más tarde inspirará a Stevenson en su célebre *La isla del Tesoro*.

Ante lo delicado de su situación, decidió abandonar el Índico e iniciar una larga huida hasta la isla caribeña de St. Thomas, en donde

pidió ayuda al gobernador Laurents, y cobijo para él y sus hombres. Pero este, temiendo un bloqueo de la Royal Navy, se los negó. La carta que transmitió el gobernador a Londres es clave para entender cuál pudo ser la naturaleza del tesoro que, unos días después, el capitán Kidd tuvo que ocultar para que no cayese en manos de sus perseguidores. «Noticias procedentes de Curaçao reportan que el famoso pirata, capitán Kidd, en posesión de una nave de 30 cañones y con 250 hombres de dotación, ha ofrecido al gobernador de St. Thomas 45.000 piezas de ocho en oro y un gran presente consistente en valiosas mercaderías si le brinda refugio en su puerto durante un mes. El gobernador ha rehusado».

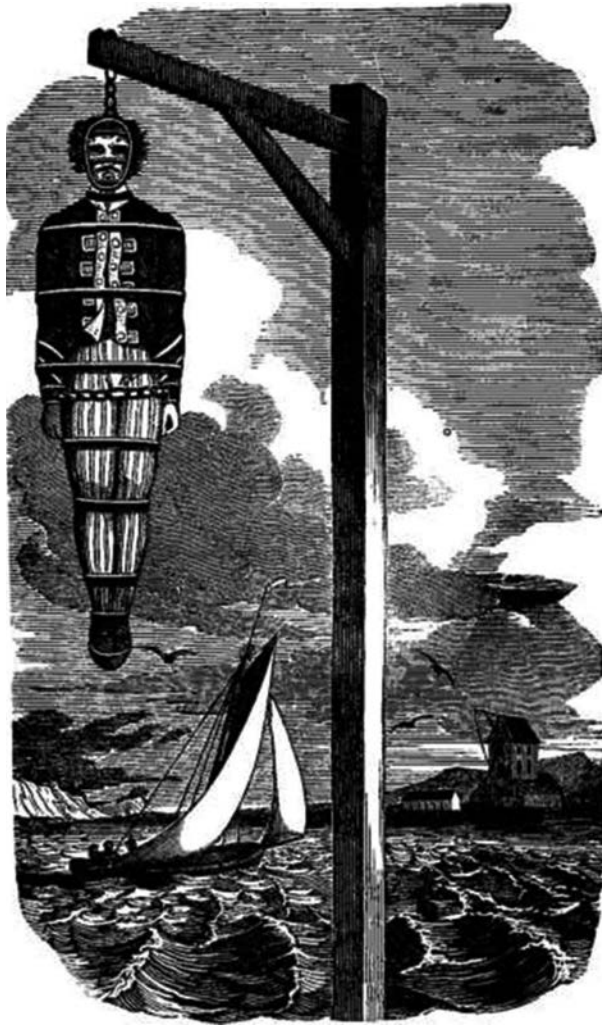
Ante la imposibilidad de amarrar en el puerto, puso rumbo a la Hispaniola, en donde se deshizo de su barco para adquirir una pequeña nave, el *San Antonio*, en la que reunió al resto de su menguada tripulación. La huida se hizo dramática, más aún cuando fue consciente de que el almirante Benbow había ordenado a todos los gobernadores de la región que capturasen al pirata. No sólo eso, la HMS *Queenborough* había sido desplazada a Puerto Rico para interceptarlo.

Es en estos momentos cuando el corsario toma una decisión fundamental para entender esta historia. Desde este lugar pone rumbo a las colonias norteamericanas, pero en algún lugar indeterminado de su trayecto decide enterrar su famoso tesoro. Las razones por las que lo hizo no las conocemos. Tal vez trató de guardarse una carta bajo la manga para poder negociar con ella un posible rescate. Quizá lo único que pretendía era asegurarse una feliz jubilación una vez superados los trámites jurídicos que debía afrontar como consecuencia de los actos vandálicos que había protagonizado contra los barcos de su majestad.

No podía estar más equivocado. En 1699, el capitán Kidd llegó a Boston con la intención de entrevistarse con su antiguo socio, lord Bellmont, para convencerle de su inocencia. Sin atender a razones, el político inglés lo hizo apresar y, cargado de cadenas, lo mandó detenido hacia Inglaterra. A su llegada a Londres, fue encerrado en el interior de una insalubre y diminuta celda en la prisión de Newgate, en donde compartió espacio con los delincuentes de los bajos fondos londinenses, cuya única esperanza era terminar sus días colgados de una horca en Tyburn.

Allí pasó dos años, hasta que en 1701 fue juzgado, junto con nueve de sus hombres, ante el Tribunal de lo Criminal, acusado de saqueo

Kidd colgado y encadenado. Las historias sobre la existencia de tesoros piratas alcanzaron una gran celebridad gracias al capitán Kidd, cuya vida terminó trágicamente después de ser acusado de atentar contra los intereses de la monarquía inglesa.



ilegal y homicidio. De nada le sirvieron sus intentos de probar su inocencia, ya que finalmente fue condenado a ser ahorcado por piratería. La pena se aplicó el día 23 de mayo de 1701 en el Execution Dock, a orillas del Támesis, y su cuerpo, ya sin vida, encadenado de pies y cabeza, quedó durante dos días expuesto, balanceándose a merced del viento, para escarmiento y advertencia de todos, por haber atentado contra los intereses de la poderosa oligarquía británica.

El enigma del capitán Kidd no acabó con su vida. Los rumores se empezaron a propagar por tabernas, puertos y villas marítimas de ambos hemisferios. Habladurías que hacían referencia a un tesoro oculto, valorado en más de un millón de libras esterlinas, y que empujaron a un variopinto grupo de aventureros, bohemios y cazatesoros a seguir los pasos que había recorrido el antiguo corsario y así comprender el itinerario que había seguido para enterrar su tesoro. A pesar de que excavaron afanosamente en una y otra isla, nadie pudo encontrar ni una sola pista del misterioso botín, lo que dio alas a la imaginación de una sociedad ávida de riquezas que comenzó a leer con fruición las nuevas novelas sobre piratas, entre las que destacó la famosa *Isla del Tesoro*, que alimentó con falsas esperanzas tan vanas ilusiones.

En cuanto a la localización del tesoro, muchos opinan que el lugar más probable habría que situarlo entre Long Island y la costa de Connecticut. Pero si no conocemos el lugar en el que se ocultó, menos aún sabemos sobre su contenido. Una idea nos la pueden dar las palabras que el acusado pronunció en el juicio después de que algunos de sus hombres presentaran como prueba de las actividades delictivas de su capitán diversos cofres, repletos de oro y joyas, que habían sido enterrados como parte de un tesoro mayor en algún lugar desconocido de la neoyorquina isla de Gardiners. Ante dicha demostración, y sabiendo que todo estaba perdido para él, Kidd aseguró que eso no era su tesoro, que el suyo era mucho más valioso, y que permanecería escondido por los siglos de los siglos.

En 2007, unos arqueólogos de la Universidad de Indiana encontraron los restos hundidos de un navío a veinte metros de la costa de la isla de Santa Catalina, en la República Dominicana. El equipo aseguró, a pesar de que las pruebas no eran definitivas, que se trataba del *Quedah Merchant*, en cuyo interior no quedaba nada de lo que llevaba el barco justo antes de llegar a La Española: telas, sedas, oro y plata. Por esta y más razones muchos consideran que el tesoro tuvo que ser evacuado y escondido en esta isla caribeña, a la espera del momento oportuno para darse a conocer.

Otros buscaron mucho más lejos. Según se dice, el capitán Kidd también atacó una isla japonesa en el archipiélago de las Tokara, al sur de Kagoshima. Muy cerca de allí, en la isla de Takarajima, una leyenda cuenta que los hombres de Kidd asesinaron a todos sus habitantes, para después esconder un fabuloso tesoro en una desconocida cueva.

En estas mismas latitudes, y más concretamente en la isla vietnamita de Phú Quóc, las tradiciones también aseguran que existe un botín enterrado perteneciente a Kidd. Hasta este lugar se dirigieron dos temerarios escritores en 1987 para tratar de descubrir la parte de verdad que se escondía tras esos rumores. Pero su aventura no llegó muy lejos. Fueron inmediatamente detenidos por la policía vietnamita por atravesar ilegalmente la frontera.

En 2000, un buque capitaneado por el investigador Barry Clifford encontró en aguas de la isla de Santa María, cercana a Madagascar, los restos de lo que en su día fueron el *Adventure Galley*. Tras muchas inmersiones, sólo fue capaz de recuperar unas cuantas botellas de ron y restos de porcelana china de la dinastía Ming. Muchos sintieron la esperanza de encontrar una nueva pista que les pusiese en el camino para encontrar el tesoro que durante su vida amasó el carismático pirata. Pero el misterio sigue sin desvelarse.

LA ISLA DEL ROBLE

El tesoro del capitán Kidd se ha tratado de encontrar en otros muchos lugares. Uno de ellos fue la isla de Juan Fernández, que quedó inmortalizada por Daniel Defoe en su famosa obra *Robinson Crusoe*, basada en la odisea de un pirata real, Selkrik, que, abandonado a su suerte, logró sobrevivir en soledad hasta que cinco años después fue rescatado por una fragata inglesa.

Otros apuntaron mucho más hacia el norte, más concretamente a la isla de la Pasión, o de Clipperton, cerca de la costa oeste mexicana. No podría faltar en este extenso listado dos islas que han sido durante décadas lugar de peregrinación de numerosos aventureros y buscatesoros: las islas del Roble y del Coco.

A pesar de su prestigio, el capitán Kidd no fue, ni de lejos, el pirata que logró amasar el mayor tesoro. Nos atreveríamos a decir que, por el contrario, ocupó una desventajada posición en este curioso *ranking*. Sus capturas nunca se podrían comparar con las de Edward England, autor, en 1720, del atraco al *Cassandra*, un navío de la East India en aguas del Índico, y que sorprendió a todos sus captores cuando encontraron en su interior una carga de diamantes valorados entre los tres y cuatro millones de dólares. Otro botín notable fue el del pirata Avery,



Lucha entre Barbanegra y Maynard, según Jean Leon Gerome Ferris. La vida de Edward Teach se desarrolló durante la época más gloriosa de la piratería. Su larga y bien poblada barba, decorada coquetamente con lacitos de colores, causó pánico entre todos aquellos que tuvieron la poca fortuna de cruzarse en su camino.

que en el saqueo del *Gangsway* obtuvo un premio que rondaba las trescientas mil libras esterlinas. Pero el premio gordo se lo llevaría el capitán filibustero Sam Belamy, cuyo barco, el *Whydaw*, se fue a pique cerca de la costa este norteamericana, con un impresionante tesoro estimado en cuatrocientos millones de dólares. En 1982, un viejo conocido, Barry Clifford, logró encontrar en Cape Cod, en el estado de Massachusetts, los restos de su barco, lo que dio lugar a una serie de inmersiones que lograron extraer una impresionante cantidad de monedas, lingotes de oro, joyas y piedras preciosas.

Por esas mismas fechas, actuó el máximo representante de la edad de oro de la piratería americana: el temido Edward Teach, más conocido por todos como Barbanegra. Llamado así por su larga y bien

poblada barba, pronto adquirió fama por su carácter feroz y sanguinario. A partir de 1713, se dedicó por completo a la piratería, convirtiéndose a Nassau en su principal base de operaciones. Desde allí, él y sus esbirros sembraron de pánico las costas de Nueva Inglaterra. A bordo del *Queen Ann's Revenge* logró hacer importantes capturas en el litoral de Virginia, pero su radio de acción se fue ampliando progresivamente hacia el sur, hasta llegar a las costas de Honduras, en donde contactó con un curioso personaje, Stede Bonnet, un rico y acomodado comerciante de las Barbados que decidió unirse al pirata para huir del carácter avinagrado, rencoroso y vengativo de su esposa, una opción que terminó costándole la vida. A pesar de todo, sus compinches aseguraron que Bonnet no se arrepintió, ni en un solo instante, de su arriesgada decisión.

Las asechanzas de Barbanegra fueron recordadas durante siglos por muchos hombres de mar. Su muerte en 1718 marcó el ocaso de la piratería en las costas americanas, pero la leyenda de este espantoso filibustero se fue acrecentando más y más con el paso del tiempo. Hubo más piratas, pero ninguno tan prestigioso como este personaje que, para cuidar su imagen, mimaba con coquetería su famosa barba, rizándola y adornándola con lacitos de colores.

Pasó el tiempo y, cuando ya parecía que estas viejas historias de corsarios, piratas y bucaneros pertenecían a una época antigua, perdidas entre las brumas de la historia, aparecieron dos nuevas tradiciones que situaban en las islas del Roble y del Coco el emplazamiento de algunos de los tesoros más espectaculares de todos los tiempos.

El primero de ellos debió de ubicarse en la pequeña isla del Roble, un bello y solitario paraje situado en la costa meridional de Nueva Escocia, en la costa atlántica canadiense. Si por algo destaca este diminuto territorio, de cinco kilómetros cuadrados y situado a escasos once metros sobre el nivel del mar, es por las innumerables leyendas que, desde hace mucho tiempo, hablan sobre posibles tesoros enterrados por no se sabe muy bien quién.

Aunque no tenemos constatación histórica ni periodística del origen de esta leyenda, todos los relatos que narran la historia de este desconocido tesoro comienzan su andadura en un lejano día de verano de 1795, cuando un chico de dieciséis años llamado Daniel McGinnis llegó a la isla para dar un paseo y disfrutar de sus hermosos paisajes. Su sorpresa tuvo que ser mayúscula cuando, de repente, se vio frente a una

depresión circular de tierra removida al lado de un enorme roble, cuyas ramas presentaban una serie de rozaduras de las cuales una de ellas habría sido utilizada por alguien para ajustar una polea y excavar un enorme foso en el suelo. Asombrosamente, observó que los restos podridos del aparejo de un barco colgaban del mismo roble. Allí había algo raro, y por eso decidió investigar.

Unos días más tarde, en compañía de dos amigos, John Smith y Anthony Vaughan, empezó a excavar en el túnel. No pasó mucho tiempo hasta que los tres se llevaron la primera sorpresa. Al principio, lo único que pudieron extraer fue tierra blanda y removida que cubría un pozo, hecho a conciencia, de duras paredes arcillosas. Pero a los sesenta centímetros de profundidad encontraron una capa de piedras lisas, cortadas y unidas entre sí que formaban una especie de puzle, que para colmo eran de un tipo que no podía encontrarse en la isla.

La excavación no había hecho más que empezar. Al día siguiente volvieron a aquel insólito lugar, justo cuando los primeros rayos de sol empezaban a teñir de ocre un horizonte que ya dejaba ver las primeras luces del día. Con ánimo renovado volvieron a coger sus picos y palas y siguieron cavando, insensibles al calor, al agotamiento y a la soledad. Después de varias horas, el pico de uno de los muchachos impactó en un material sólido. En ese momento, todos dejaron de excavar, y uno a uno se miraron mientras se preguntaban si habrían logrado su objetivo, si era realmente posible que hubiesen encontrado un tesoro. No podían estar más equivocados.

Lo que realmente hallaron a estos tres metros de profundidad fue una especie de plataforma formada por troncos de roble dispuestos horizontalmente. Uno a uno, fueron retirándolos, pero debajo de ellos no había nada más que tierra, mucha más tierra; por lo que decidieron seguir profundizando con la sensación de que se estaban aproximando a algo que tenía que ser muy valioso. El esfuerzo de los tres jóvenes tuvo que ser titánico, todo un logro para tres chicos que apenas contaban con los medios necesarios para trabajar en esas condiciones. Fue entonces cuando se encontraron con un nuevo estrato de troncos de roble situado a nueve metros de la superficie. Esta vez nada pudieron hacer para retirar todos esos árboles que se interponían entre ellos y su tesoro. Por eso decidieron desistir, pero sólo temporalmente. Ninguno de ellos pudo olvidar aquel enigmático lugar; y, por eso, años después, volvieron a intentarlo. Esta vez con más ayuda.